

## **Identidad sexual travesti constituida desde múltiples violencias: Un caso argentino**

*Transvestite sexual identity from multiple forms of violence: An Argentine case*

José Luis Jiménez Chimil

*Universidad Nacional Autónoma de México, FES–Acatlán*

*Licenciado en Sociología*

[joseluisjimenezchimil@gmail.com](mailto:joseluisjimenezchimil@gmail.com)

**Recepción:** 06/11/2024

**Aprobación:** 03/01/2025

**RESUMEN:** Este ensayo analiza la obra literaria *Las Malas* (2019) de Camila Sosa con el objetivo de examinar las prácticas sociales y políticas que sustentan la identidad sexual travesti. A través de un minucioso estudio de los testimonios presentes en la novela, se identifican y analizan diversas formas de violencia que experimentan en su llegar a ser identitario. También aquí se proponen algunas líneas que permitan captar las tensiones de género en dicha experiencia trans. La conclusión es que su identidad sexual no se construye exclusivamente a partir de un ego que se piensa a sí mismo, más bien las tecnologías de poder disponen una serie de posibilidades para ser reconocidas.

**PALABRAS CLAVE:** Metafísica de la sustancia; Butler; identidad; violencias; cuerpo; poder.

---

**ABSTRACT:** This essay analyzes the literary work *Las Malas* (2019) by Camila Sosa to examine the social and political practices that support transvestite sexual identity. Through a meticulous study of the testimonies present in the novel, various forms of violence that they experience in their becoming an identity are identified and analyzed. Also, some lines are proposed that allow us to capture the gender tensions in this trans experience. The conclusion is that their sexual identity isn't constructed exclusively from an ego that it thinks of itself, rather the technologies of power provide a series of possibilities to be recognized.

**KEY WORDS:** Metaphysics of substance; Butler; identity; violence; body; power.



“Cuando comienzo a florecer, rezo para que las tetas me crezcan durante la noche, para que mis padres me perdonen, para que me nazca una vagina entre las piernas, pero no, entre las piernas traigo un chuchillo”.<sup>1</sup>

### **Introducción**

A ojos de algunos filósofos —como Parménides y Descartes— ser y pensar es lo mismo, lo que parece aludir, en nuestra época, a la existencia de un yo previo que se apodera de su identidad en tanto trabajo intelectual. En este tipo de metafísica de la sustancia, defendida con más fuerza desde los modernos, también se sostiene una forma de “asir” del Ego con respecto a sus características esenciales, las cuales son entendidas como nombres que “estabilizan” a los sujetos en su forma de predicarlos. No obstante, la principal crítica a estas posturas<sup>2</sup> es que dejan de lado en sus análisis identitarios (primordialmente desde el lenguaje) la dimensión diferencial que se produce a nivel social, sobre todo en lo referente a las prácticas políticas que consolidan los nombres, ámbito que este texto pretende abordar. Un caso muy relevante son las tecnologías de poder, las violencias entre sus efectos y evidencias más notables, puesto que figuran para sus detractores, según, como un ámbito corporal y contingente que —presuntamente— relativiza casos específicos de subjetivación.

En esa conjugación de violencias y el hecho de ser, la escritura se manifiesta como medio de confesión de experiencias subjetivas en el nombrarse; tiene la particularidad de ser el retrato un yo vivo —no un yo objetivado como se suele hacer en sociología—, un modo de ocupar el lenguaje para derogar “lo supuesto”, en aras de abrir una ventana a experiencias humanas en su espontaneidad: la convergencia de lenguaje y politicidad. Camila Sosa, actriz, dramaturga y poeta trans argentina nacida en 1982 lo hace en su obra *Las malas*, publicada en 2019, allí cuenta cómo fue descubrir su identidad a través de una serie de violencias y estrategias en un barrio bajo de Córdoba, durante el periodo que comprende finales del siglo XX y principios del XXI. En la obra se vislumbra una forma de reconstruir su propio yo, considerando ámbitos que influyen en ese re-conocerse, como lo pueden ser la pobreza, la hostilidad paternal, las negaciones y simpatías de conocidos, así como las cosmovisiones de las compañeras sexo-servidoras, con quienes ella misma convivió. Allí su biografía-personaje se conecta simultáneamente con su historia. La especificidad de este material, como fuente de información, radica en que los

<sup>1</sup> Camila Sosa, *Las malas* (México: Tusquets, 2021), 68.

<sup>2</sup> Judith Butler, *El género en disputa* (Barcelona: Paidós, 2007), 71-85.

acontecimientos narrados presentan un hilo de Ariadna, a saber, que las relaciones sociales y sus estructuras habilitaron una determinada forma de nombrarse: las relaciones de poder suministran ciertos caminos.

### ***Planteamiento del objetivo***

Teniendo presente esta postura que ve al sujeto y sus atributos como esenciales, y la respectiva crítica hacia ella, es preciso añadir que el ser no sólo se constituye por lo que piensa sino también por lo que hace, por el cómo actúa.<sup>3</sup> Ciertamente somos un ente más al interior de este entramado existencial del mundo, pero, lo que nos distingue de otros es que somos capaces de conceptualizarlo desde la puesta en acción de matrices culturales, corporalizarlas inconscientemente de modo relacional y, potencialmente, capaces de vislumbrar que las identidades sustancializadas están atravesadas por relaciones de poder que limitan diversos campos de acción en los individuos. A esto cabría añadir, por demás, que no todos descubren su identidad (o mejor dicho, sus identificaciones) del mismo modo, puesto que diferentes son las condiciones de vida (mito del sujeto universal), ni que pueda ser defendida legítimamente cualquier identidad, ya que algunas se consideran anómalas a las verdades de los grandes discursos.

En ese sentido, este texto tiene el propósito de describir las diversas tecnologías de poder, condensadas en múltiples violencias negadoras de la calidad de sujeto, que direccionan —limitando abruptamente— la subjetividad de las travestis en la obra *Las malas* (2019) de Camila Sosa. Dicho ejercicio se fortalece dado que la relación acción-identidad-pensamiento está muy remarcada en lo tocante a su forma de constituirse como disidente al interior de la novela, por lo que este material termina abordándose ya no como autobiografía llanamente, sino, como material etnográfico con su correspondiente descomposición analítica. Como se mostrará no siempre hay un antecedente racional a lo que se es, éste ser es construido por la forma de obrar, la cual está habilitada por las posibilidades que emergen desde el funcionamiento del dispositivo abismal,<sup>4</sup> mismo que induce la manera de nombrarse y vincularse con lo Otro. Esto no necesariamente está en

---

<sup>3</sup> Butler, *El género en disputa*, 84 y 98. Haciendo la precisión de Butler, a saber, que la performatividad no es una apropiación intencionada del *ego*, más bien, se desprende de prácticas regidoras de coherencia de género —con acciones repetidas en el cuerpo— las cuales naturalizan relaciones de poder y producen a los sujetos que representan discursivamente.

<sup>4</sup> Rossana Reguillo, *Necromáquina: cuando morir no es suficiente* (México: NED Ediciones, 2021), 211. Ahí definido como “Densa y heterogénea red de articulaciones entre discursos, prácticas, instituciones y espacios que opera como estrategia de producción de subjetividad cuyo fin es la aceptación de la violencia como mandato en las relaciones desiguales de poder”.

conflicto con que el sujeto pueda elegir racionalmente sus identificaciones, más bien con la idea naturalizada de que seleccione antes que la dimensión diferencial (social) esté en acto. Como muestra inaugural la siguiente cita: “a los travestis no nos nombra nadie [desde la apertura experiencial], salvo nosotras. El resto de la gente ignora nuestros nombres, usa el mismo para todas, putos”.<sup>5</sup>

Para lograr dicho cometido este escrito se divide en cuatro tópicos que ayudan a identificar el poder por medio de violencias y que son determinantes para analizar su llegada a ser. La división es la siguiente: la formación de una anatomía política que disciplina al cuerpo y marca su cognoscibilidad, el aspecto simbólico y material del poder, la reproducción masculina y alteración simbólica desde el cuerpo travesti, y, finalmente, el caso del signifiante amor como representación de una intuición contra adiestradora. En la última parte se presentarán las conclusiones, así como una breve aclaración.

### ***Anatomía política que disciplina y hace inteligible el cuerpo***

Un acercamiento inicial para llegar a esta idea en la obra es identificar cómo el cuerpo travesti está inmerso en relaciones de poder y saber, las cuales consolidan una anatomía política en tres rubros: el sistema de dominación de sus fuerzas, sus suplementos punitivos para acondicionarlas y la determinación de sus formas cognoscibles.<sup>6</sup> En el primer caso, la huellas del sometimiento, destaca cuando agachaban su cabeza en el transporte público y el llanto silencioso de cada una por el miedo de descubrirse no-reconocida dentro de la matriz heterosexual; el augurio del padre de Camila (protagonista de la novela) sobre el destino prostitución de su hijo, la cual se inicia en el baile y termina con la profecía “autocumplida” en el Parque (venta de su cuerpo); o el mandato cultural de no vestirse de mujer en la niñez y orillarlas a conocer su sexualidad por medio de relaciones desiguales/unidireccionales (como tener sexo con camioneros siendo aún infantes). En estos acontecimientos se puede rastrear la unidad indisoluble tiempo-espacio con respecto a la fuerza corporal, porque la forma de significarlas está remarcada por la disciplina, la cual cumple un doble propósito en sus cuerpos disidentes: orillarlas a estar en lugares marginados, con la vergüenza de presentarse públicamente, y utilizar sus cuerpos para satisfacer en horas oscuras —con casi un mismo modo de operar— los apetitos prohibidos de los habitantes masculinos.

---

<sup>5</sup> Sosa, *Las malas*, 79.

<sup>6</sup> Michel Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión* (México: Siglo XXI, 2009), 35-40.

En lo tocante a los suplementos punitivos para acondicionarlas a la vida desvalorizante podemos encontrar los siguientes: golpes que reciben en varias ocasiones al atender a consumidores hombres, la serie de maltratos vividos por sus compañeros de escuela y padres alcohólicos, el terror de la violación cometida por policías a la protagonista, el fantaseo de los clientes con las historias de niñas abusadas, las ruinas corporales generadas por mala alimentación-vicios-insomnio-enfermedades, los pleitos entre travestis para mantener a raya sus dolores, la violación con objetos de un par de jóvenes hacia la protagonista Camila, el hostigamiento a toda la pensión con pintas y los ataques físicos —incluyendo de mujeres—, incluso los cuerpos inertes encontradas en las zanjas. Es en este punto que las letras no superan la realidad, pues, ¿cómo se ven los cuerpos —orillados socialmente— de las travestis y mujeres prostituidas en lo más “under” de cada ciudad? La multitud de estos suplementos cumple una función: ser el medio de protesta política heterosexual y personal, de carácter conservador, que toma al miedo como núcleo de control de las disidencias.

En cuanto a las formas de conocer su cuerpo resaltan las siguientes situaciones, aquellas que rasgan un estado liminal hacia lo femenino pero estigmatizado por el “cuchillo” masculino: la envidia de la fertilidad de la única prostituta con útero porque es el medio reconocido como esencial de la mujer, la incompatibilidad de la Tía Encarna (travesti) con tener un hijo porque su identidad no es inteligible socialmente, la correspondencia directa de las mujeres y “todo lo que se le quiera asemejar” (en la educación de los abuelos) con ser madre-esposa-mucama, lo cual hace que su subjetividad corporizada sólo sea pensada como herramienta de trabajo, o el sólo hecho de robar el nombre de personajes mujeres famosas y muertas (p.ej. con “La Renga”). Bien lo dice Sosa, “En realidad somos nocturnas [...] los rayos del sol nos debilitan, revelan las indiscreciones de nuestra piel [...] las masas se sublevan ante estas revelaciones”.<sup>7</sup>

### ***Más allá de un juego lingüístico: dominio material y simbólico de la sexualidad***

Desde esa arista, llama la atención la presencia de dos términos “inamovibles” (♀, ♂) en un discurso sexual que se legitima a sí mismo, aunque en el fondo terminan siendo consecuencia y no causa de prácticas patriarcales que los estabilizan. Por ejemplo, se dice que ser mujer es estar subordinada al cuerpo, pero ¿por qué? La misma autora brinda la respuesta, porque “Nunca les alentaron a estudiar, a tener una vida independiente”,<sup>8</sup> tal

---

<sup>7</sup> Sosa, *Las malas*, 117.

<sup>8</sup> Sosa, *Las malas*, 73.

como lo decía Wollstonecraft en su tiempo. Aunado a esto, resulta igual de tramposo guiarse por el mismo juego del lenguaje, ya que, si se identifica a las travestis como exclusivamente prostitutas, putos o con envidia de las mujeres, de partida se inicia con un abordaje que descarta experiencias biográficas y se ignora que las relaciones de poder impiden su legitimación identitaria, pues se colocan más allá de los dos términos “inamovibles”. Es aquí donde se hace evidente la afirmación de List: existen tecnologías del sexo mucho más complejas y positivas que la prohibición.<sup>9</sup>

Aquí es donde la teoría se vincula con la práctica debido a que en estas violencias hay un atributo no material que se sitúa como cuasi trascendente, aunque impone un mandato de sumisión muy material. Cabe recordar el papel de la simbolización del falo, puesto que la relación entre sexos ha sido determinada históricamente, como ha indicado el feminismo liberal, entre el ser absoluto con el ser accidental y lo no representable, identitariamente entre el consumidor de genitales y lo que es poseído por él para ser aprehendido —desde su visión— lingüísticamente.<sup>10</sup> Así visto, se trata de cuerpos que no importan, donde la justificación radica en que el castigador es impersonal (arraigo en el aparato general de dominación masculina en todo tipo de cuerpos) y coloca un valor negativo, unívoco, a las travestis: las encamina a no salirse de su posición extra estructural. A menos que sea para consumir las sobras de lo que se vende en la estructura social (drogas bajas u operaciones piratas), fungir como receptoras de la construida “bestialidad” fálica (caso polémico con el mandato masculino de poseer un “cuerpo de mujer”) y reconocerse en crisis, entre ser un medio de tributo sexual que circula en dirección de “El hombre” y justificar su genitalidad en términos de éste mismo,<sup>11</sup> es decir, consumir literalmente de las categorías que existen en el saber sexual legítimo.

<sup>9</sup> Mauricio List, “Teoría queer. Implicaciones para la investigación en sexualidad, género y cuerpo”, en *Florilegio de deseos: nuevos enfoques, estudios y escenarios de la disidencia sexual y genérica*, editado por Mauricio List y Alberto Teutle (México: BUAP, 2010), 69.

<sup>10</sup> Butler, *El género en disputa*, 88-90. Para entender esto sirve remitirnos al carácter patriarcal del lenguaje con la marca de género en la crítica de Butler a Wittig. Parafraseando, el conjunto de reglas lingüísticas que significan al sujeto masculino (lo femenino no, por ser la significación de la falta), así como la ley que prohíbe el incesto, se aplica en nombre del Padre, lo cual desplaza infinitamente un deseo heterosexualizador. Empero, esto no niega la “manifestación” del inconsciente en la desestabilización de la coherencia de género y la generación de insurrecciones.

<sup>11</sup> Cf. Gayle Rubín, “El tráfico de mujeres: notas para una economía política del sexo”, trad. Stella Mastrangelo, en *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, editado por Marta Lamas (México: UNAM, 2018). Aquí cabría hacer una distinción junto a Rubín, las travestis no son transaccionadas por el mero hecho de serlo (a diferencia de las mujeres que pueden brindar el contra-don hijo) sino por su aproximación femenina en lo que respecta a la satisfacción pasiva (“depositaria” —exclusivamente como médium— del falo) o activa-secreta de deseos masculinos. Esta forma de las travestis de ir en dirección al hombre está remarcada, en la mayoría de los casos de la obra, en la experiencia de sus infancias dado que sus cuerpos eran arrebatados irruptivamente (sin libertad, disposición y deliberación, p. ej. las violaciones) en los intercambios sexuales. Aunque su desarrollo edípico pasara —por su misma posición inicial de “hombre” —

Hasta este punto parece que todo se engloba explicativamente con el género, pero no es así. De igual modo, existe una “violencia inherente al sistema, no sólo de violencia física directa sino, las más sutiles formas de coerción que imponen relaciones de dominación y explotación”.<sup>12</sup> Es justo decir en este punto que la mayoría de ellas vivieron en condiciones de pobreza: la Muda ultra excluida por su condición de no-habla biológica, la ropa hecha de retazos por Camila en una casa abandonada, el oficio alterno del narcotráfico, la “anestesia” de las necesidades básicas (quitando el placer y el enojo) para ejercer la prostitución, vivir en medio del peligro y afirmar —justificadamente— que un año de vida de ellas equivale a siete del humano, o el peso del hacinamiento que termina por desensibilizarlas de la muerte. Tal parece que en estas subjetividades no basta con pedir perdón al niño de la infancia, sino también a la vida miserable que vulnera su vitalidad: vergüenza doble que frustra, dirá Sosa. Si esta violencia sistémica no parece evidente todavía, funcionaría traer a colación el papel del sistema neoliberal que oprime y precariza por diversos caminos a quien no vive en una situación prestigiosa: “su comodidad [de Las Cuervas, travestis pudientes] dejaba en evidencia nuestra incomodidad: nosotras no habíamos tenido la oportunidad de escondernos en el armario. Nosotras ya habíamos nacido expulsadas del armario”.<sup>13</sup> Lo relevante de este planteamiento es que aún en casos donde el capital parece una ilusión lejana, presenta rasgos de materialidad que objetivan las violencias “anónimas” o ¿qué otro significado puede tener inyectarse aceite de avión cerca de las mamas y no poder pagar un cirujano?, ¿por qué se permite una vida doble cuando existe un armario y no cuando te arrojan del montón de ropa de tu padre?

### ***Implosión simbólica del cuerpo que reproduce o altera el orden***

Asimismo, queda un resabio por esclarecer de la forma de operar estas negaciones del Otro. Tales negaciones que hacen a estas subjetividades caer, simultáneamente, levantan un orden social de los cuerpos o ¿cómo se explicaría la vergüenza y culpa que sienten ellas al presentarse como quieren, pero son orilladas a ser? Quizá la razón esté en el límite simbólico que implosiona para concretarse con prácticas corporales. Bourdieu ya entendía la violencia simbólica como una coerción que se instituye a través de una adhesión que el

---

el proceso de simbolización del falo, el encarnamiento de la dominación de lo femenino para lo masculino es controversial. Lo que es un hecho es la forma de controlar el deseo trans, pues éste beneficia exclusivamente a los hombres de la simbólica tradicional.

<sup>12</sup> Slavoj Žižek, *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales* (Barcelona: Austral, 2013), 20.

<sup>13</sup> Sosa, *Las malas*, 106.

dominado otorga al dominante —en la oscuridad del *habitus*— para pensar su relación con instrumentos de conocimiento que tienen como núcleo la misma dominación.<sup>14</sup>

Dicha complicidad inscrita en las disposiciones del cuerpo es identificable con un mandato genital de la infancia de Camila: orinar de pie y firme. Esta “simple acción” es una forma de significar un acto soberano de dirigir y proyectar(se) lejos, en oposición a la servidumbre vergonzosa de mear sentado, el tabú de la vulva y el pudor depositado en la parte trasera, como ya lo había descrito Beauvoir en *El segundo sexo*.<sup>15</sup> Sin embargo, este no es el único caso, las travestis de esta obra también reproducen el *alter ego* del dominio falocéntrico cuando dicen que: “Lo menos importante es el pene de los hombres [...] nosotras teníamos el nuestro propio [...] y bien podíamos agarrarnos de él cuando atravesáramos momentos de carne débil”.<sup>16</sup> Baste este ejemplo y el de la función urinaria para ver la doble apertura discursiva, tanto para reproducir falotopías<sup>17</sup> ejerciendo el poder en el intragrupo y exo-grupo, como para padecer sus consecuencias con la biología.

Incluso, se me podría objetar, en esta interpretación apresurada, que trato reiterativamente a las travestis como víctimas absolutas, pero a continuación desmonto esa lectura. Si decíamos que en la violencia simbólica se utilizan instrumentos de conocimiento que estructuran la dominación, estos tienen un límite por sí mismos debido a que la multiplicidad de los hechos del mundo social es fluida e inabarcable con categorías que estatizan. Aquí hay una precisión interesante, las experiencias sexuales de ellas, con los consumidores de sus cuerpos, “despiertan” intuiciones —por ser inaprehensibles a las formas de saber oficiales— sobre el modo inacabable en que opera el género, véase cuando señalan que: “aquél animal feroz [padre violento], mi fantasma, mi pesadilla; era demasiado horrible todo para querer ser hombre”,<sup>18</sup> “hay que ver cómo ruegan [varios hombres] por llevárselo a la boca y metérselo bien adentro del culo, y sentir que es una mujer quien los penetra”,<sup>19</sup> y “A toda travesti se le da, en el reparto de dones, el poder de la transparencia”.<sup>20</sup>

<sup>14</sup> Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas* (Barcelona: Anagrama, 1999), 224-225.

<sup>15</sup> Simone de Beauvoir, *El segundo sexo* (Madrid: Cátedra, 2015), 377-380.

<sup>16</sup> Sosa, *Las malas*, 34.

<sup>17</sup> Rodrigo Parrini, *Falotopías: indagaciones de la crueldad y el deseo* (México: UNAM-Universidad Central, 2016), 28. Sintetizando a Parrini las falotopías son un modo, o forma de apropiación, en que las hipermasculinidades se adueñan violentamente de los espacios públicos y figurales, y organizan autoritariamente sus usos políticos y afectivos. En esa línea, existen estrategias sociales para resituar su identidad cuando se ven negadas, una de ellas es hacer uso del anclaje del significante falo en múltiples espacios para revalorizarse.

<sup>18</sup> Sosa, *Las malas*, 62.

<sup>19</sup> Sosa, *Las malas*, 141.

<sup>20</sup> Sosa, *Las malas*, 143.

La primera, de las que llamo “intuiciones contradiestradoras”,<sup>21</sup> indica una causa en el “perseguir ser mujer” que contiene, a su vez, una crítica a los sujetos endriagos, los cuales “hacen de la violencia extrema una forma de vida, trabajo, socialización y cultura”;<sup>22</sup> la segunda, descentraliza sus certezas sexuales y hace ver que el deseo y las prácticas sexuales son transitivas y posicionales,<sup>23</sup> aunque el falo ocupe la mayoría del texto; y, la tercera intuición, de algún modo vuelve consciente, desde su actuar, su propia identidad que es silenciada alrededor de prácticas gore, de ejercicios sistemáticos y repetitivos de la violencia<sup>24</sup> que las invisibiliza.

Con esto llegamos a la cuestión de si los nombres, posiciones y prácticas son siempre impuestos. No necesariamente, hay una disputa por los significados al interior del medio simbólico por excelencia: el lenguaje. Efectivamente, hay una agencia, pero no se trata de esa inalienable que busca la transformación del sistema hegemónico de producción económica y cultural, se trata, más bien, de una de menor alcance que busca sobrellevar — en la medida de lo posible— la vida. Indicadores de las formas de contrarrestar la pesadez de la dominación se muestran cuando señalan que: al cliente se le dice lo que quiere oír (sumado a siempre pedir perdón), robaban dinero/accesorios para hacer saber a los consumidores que son “más caras de los que sus mentes heterosexuales pueden imaginar”,<sup>25</sup> cuando formaron un grupo en el parque en donde intercambiaban conocimientos prácticos, se hacían llamar como “hombres” para que sus seres cercanos pudieran tener una vida normal (el caso de Encarna con El Brillo), o cuando hacían “que el cliente se pliegue al deseo de la puta y crea que ese es su deseo”.<sup>26</sup> Por tanto, estas acciones en diversos campos limitados, sumado a sus intuiciones contradiestradoras, permiten hablar de resistencia puesto que, si el cuerpo, la vida y la muerte tienen valor de cambio, la presencia de vínculos entre pares destaca por intentar domar el miedo del dispositivo abismal, aunque eso sea difícil de concretar.

---

<sup>21</sup> En términos simples me refiero a aquella intuición clara e inmediata desde el cuerpo dominado, como un “fuera” de la *episteme* oficial, que abre la posibilidad —si va acompañado de más intuiciones y su posterior comunicación entre pares— de comprender (en este caso críticamente) la asimetría dentro de un espacio social y las prácticas latentes que sostienen las jerarquías ahí mismo. Con uso de la reflexividad permite vislumbrar, en diversos grados, la posición estructurada; en este caso, el cuerpo deja de ser una pizarra donde se inscriben nombres-términos y hace sentir el límite de ellos en el devenir de las materialidades sociales incorporadas. Esta noción mía fue despertada por la descolocación que pueda hacerse del “sense of one’s place” que describe Bourdieu, *Meditaciones pascalianas*, 242-243.

<sup>22</sup> Sayak Valencia, *Capitalismo Gore: Control económico, violencia y narcopoder* (México: Paidós, 2016), 103.

<sup>23</sup> Rita Segato, “Clase 1”, en *Contra-pedagogías de la crueldad* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2018).

<sup>24</sup> Sayak Valencia, *Capitalismo Gore*, 65.

<sup>25</sup> Sosa, *Las malas*, 120.

<sup>26</sup> Sosa, *Las malas*, 179.

***Un caso emotivo de intuición contradiestradora: el amor***

Además, algo que pasa desapercibido es la problematización que del amor se hace. Todas, sin excepción, se sienten desarraigadas de afectividad erótica (incluso filial con los pleitos entre ellas y la atomización posterior) en el momento en que perciben la relación de Encarna con el Hombre sin Cabeza (un migrante africano afectado por la guerra, un tipo bohemio) y de Laura con Nandina (una mujer biológica con una travesti). Se sienten mendigas del amor por el ego macho, aunque eso lleva a la protagonista a decir que “el hombre que no quisiera a una mujer que prometía ser pájaro [describiendo el cariño repartido por La Muda] era un hombre estúpido y olvidable”.<sup>27</sup> Llama la atención que no sólo se piensan indignas de amor por su identidad sino, que saben, por la experiencia corpórea, que, ni aun siendo dignas de aprecio afectivo, el Sujeto Hombre de la simbólica tradicional sería capaz de vincularse afectivamente con ellas, porque la posición de éste tiene al falo como vector de ocupación violenta de sus cuerpos-territorio<sup>28</sup> y actúa como disciplinador del desvío moral<sup>29</sup> de ese representarse como travesti.

Ante esto emerge la siguiente interrogante, ¿cómo anclar en el lenguaje ese sentimiento?, ¿se asemeja a lo que se conoce como no-correspondencia en la matriz heterosexual? No, ya que es una experiencia amarga disidente que —a pesar de estar llena de expresividad— por no asumirse como masculino o femenino es escondida del asir del discurso hegemónico. En esa línea, el significante amor en las travestis está, inicialmente, vacío de significado en términos definitorios, aunque posteriormente es llenado de contenido —por ellas mismas— con las formas de relacionarse de los Hombres sin Cabeza (lado erótico) y la presencia del Brillo de los Ojos (hijo adoptivo, lado filial).

Sin embargo, esto último sólo es un ápice del contenido que tienen los nombres y las características de estas identidades sexuales desde un nominalismo externo a ellas. La *episteme* de la violencia en esta fuente es más avasalladora, tan es así que no sólo dirime el conflicto sino, que termina aniquilando los medios más dignos y, en su lugar, instauro un camino identitario anclado en pedagogías de la crueldad, entendidas éstas como “los actos y prácticas que enseñan, habitúan y programan a los sujetos a transmutar lo vivo y su vitalidad”.<sup>30</sup> De las muertes desritualizadas no cabe agregar más porque en los párrafos iniciales se hacía alusión a los asesinatos y crímenes de odio en esos cuerpos jóvenes

<sup>27</sup> Sosa, *Las malas*, 86.

<sup>28</sup> Parrini, *Falotoplas...*, 26 y 43. Adecuando a Parrini, no sólo la exterioridad es espacio, también la extensión del cuerpo y su intimidad medida entran en ese concepto.

<sup>29</sup> Segato, “Clase 1”, 44.

<sup>30</sup> Segato, “Clase 1”, 11.

considerados sólo por la gratificación sexual que brindan: la frase “hay un monstruo que se alimenta de los travestis”<sup>31</sup> es equiparable a decir que vivimos “en una sociedad bulímica que engulle a sus jóvenes y luego los vomita”.<sup>32</sup> Y sobre transmutar la vitalidad, sólo puedo añadir que la subjetividad travesti es cronometrada por el tiempo-mercancía que ve en su sexo un modo de extraer valor, por ejemplo: “Él me pregunta si tengo tiempo y yo le respondo que el tiempo depende del dinero, que me perdone pero la vida es así”.<sup>33</sup>

### **Conclusiones**

En suma, las diversas tecnologías de poder que se arraigan en formas de conocer y dominar las operaciones del cuerpo travesti terminan validando la idea de que la identidad sexual no se construye cerradamente a partir de un Ego previo que se piensa a sí mismo. Más bien, dichas tecnologías hacen que cada individualidad tenga una serie de posibilidades para ser bien reconocida socialmente —las cuales pueden ser aceptadas racionalmente o no—, aunque eso no esclarezca sus preferencias, prácticas y deseos sexuales. No hay una cobertura genérica. Cada violencia que materializa el sistema capitalista “goreizado” y patriarcal, en realidad, encamina a que las travestis de *Las Malas* vivan en espacios marginales en donde sólo se valora el cuerpo por gratificar sexualmente los deseos prohibidos de los hombres. Tal anatomía política también produce verdades y a los sujetos que representa, se apoya en diversas opresiones y suplementos punitivos que intensifican la crueldad de descubrirse travesti en un mundo dominado por espacios hipermasculinos. Muestra de lo contrario son sus estrategias identitarias para contrarrestar las opresiones. Vivir en la pobreza o ser racializada figuran como factores que exhiben aún más la impotencia de estas subjetividades.

Asimismo, el posicionamiento de un discurso heterosexual como legítimo hace que la violencia simbólica se incorpore en ellas: reproduzcan falotopías en su anclaje inicial a la figura masculina, generen ciertos movimientos de agencia y presenten intuiciones sobre el funcionamiento de la “maquinaria social”. Ciertamente, las negaciones de su subjetividad y el anclaje de su identidad a pedagogías de la crueldad fortalecen la tesis de que el ser, sexual en este caso, se construye con el hacer, la acción encaminada del cuerpo, verbigracia, que la sexualidad es política. El camino de sus identidades, lo que influye en los predicados de su ser, se pudo mostrar en la mayoría de los casos, no son elegidas previamente de modo

---

<sup>31</sup> Sosa, *Las malas*, 214.

<sup>32</sup> Reguillo, *Necromáquina...*, 65.

<sup>33</sup> Sosa, *Las malas*, 205.

consciente y deliberado (p. ej. autodesignarse como prostituta) sin más, asumir eso giraría el problema hacia la pre-discursividad de la sexualidad —tema que trata bien Butler—, sino que hay todo un historial de producción de sus atributos desde el saber masculino. Así pues, cada violencia que pasó cada miembro de la Pensión permite estabilizar categorías y posicionarlas: la masculinidad y el aparato capitalista mantiene el mito de la libre elección de la expresividad de su ser sexual. Parrini probablemente tenga razón al decir que cada elección es una erección en este sistema.

**Referencias bibliográficas:**

- Beauvoir, Simone. *El Segundo Sexo*. Madrid: Cátedra, 2015.
- Bourdieu, Pierre. *Meditaciones Pascalianas*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Butler, Judith. *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2007.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. 2º ed., México: Siglo XXI Editores, 2009.
- List, Mauricio. “Teoría queer. Implicaciones para la investigación en sexualidad, género y cuerpo”. En *Florilegio de deseos: Nuevos enfoques, estudios y escenarios de la disidencia sexual y genérica*, editado por Mauricio List y Alberto Teutle, 63-103. México: BUAP, 2010.
- Parrini, Rodrigo. *Falotopías. Indagaciones de la crueldad y el deseo*. México: UNAM-Universidad Central, 2016.
- Reguillo, Rossana. “La turbulencia en el paisaje: de jóvenes, necropolítica y 43 esperanzas”. En *Juvenicidio: Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*, editado por José Valenzuela, 59-78. México: NED Ediciones, 2015.
- Reguillo, Rossana. *Necromáquina, cuando morir no es suficiente*. México: NED Ediciones, 2021.
- Rubin, Gayle. “El tráfico de mujeres: notas para una economía política del sexo”. En *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, editado por Marta Lamas, 53-110. México: UNAM.
- Segato, Rita. *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2018.
- Sosa, Camila. *Las Malas*. México: Tusquets, 2021.
- Valencia, Sayak. *Capitalismo Gore: Control económico, violencia y narcopoder*. México: Paidós, 2016.
- Zizek, Slavoj. *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales*. Barcelona: Austral, 2013.